
EDITORIAL

Cada época, e incluso en el interior de cada época cada uno de los monumentos históricos que la forman, tiene sus características: sus luces y sus sombras, sus progresos y también sus defectos. La nuestra como las que nos precedieron y las que nos seguirán.

Desde una óptica litúrgica, nuestro tiempo pasará a la historia, sin duda alguna, como una de las épocas de más profundos cambios. Probablemente en ningún otro tiempo la historia de la liturgia ha experimentado cambios tan generalizados como los de nuestra época. Los cambios han afectado ciertamente a las estructuras de la celebración, pero no únicamente a ellas. Si los cambios rituales han sido especialmente visibles, tanto como estos cambios rituales nuestra época ha sido marcada por otros cambios, menos visibles pero no menos importantes: los de las maneras de explicar y vivir las realidades litúrgicas. Hoy el Adviento, por ejemplo, se vive de manera muy distinta a la forma con que lo vivieron las generaciones de los últimos siglos: entonces se vivía casi sólo como preparación a Navidad, hoy también como tiempo escatológico; Cuaresma era casi exclusivamente el tiempo de penitencia, hoy se ve también como camino hacia la Pascua; la eucaristía se vivía casi limitada a su aspecto de presencia real y de sacrificio, hoy se subraya también su aspecto de memorial, de acción de gracias, de convite escatológico, de reunión festiva; y los ejemplos podrían fácilmente multiplicarse. Es preciso subrayar que, si bien estas riquezas se han hecho más patentes a través de los antiguos formularios reincorporados y de los compuestos de nuevo en nuestros días, con todo, incluso con los formularios preconciliares —la mayoría de ellos eran de la época de los Padres—, las maneras de pensar renovadas podrían también haberse introducido sin la incorporación de los nuevos libros litúrgicos. Por ello insistiríamos en que, al margen de los cambios estructurales, se ha dado también un importante cambio de enfoque en la espiritualidad y en la teología de la celebración.

Un buen amigo —monje, liturgista y responsable en sus días de algunos proyectos de la actual reforma litúrgica— me decía con cierta ironía hace algún tiempo, que había, incluso en su comunidad, “conservadores”, no sólo con referencia a la liturgia tridentina, sino también frente a la liturgia de los años 1965-69. “¡Oh, me decía, los conservadores de los 65-69 son terribles, tenaces, más fuertes —porque son más jóvenes y tienen más vitalidad— que los conservadores preconciliares!” Y creo que mi amigo tenía razón. Esta nueva generación de “conservadores” se empeña en conservar en la Iglesia un estado de cambios externos o rituales que fueron necesarios y apropiados en la década de los 60-70; sólo a través de estos cambios la Liturgia podía recuperar su verdadero rostro, el rostro que para ella proyectó el Vaticano II. Pero, reconstruido ya el nuevo edificio, adaptada la Liturgia a su más genuino sentido —es decir, logrado que sus signos manifestaran con más claridad las cosas santas que contenían (cfr. *Sacrosanctum Concilium* n. 21)— sería insensato volver a destruir las estructuras apenas restauradas para cambiarlas de nuevo por otras; ello sería semejante a demoler un edificio recién construido justificando la demolición en el hecho de que también los anteriores moradores habían derribado el viejo caserón medio en ruinas que les habían legado los antepasados.

El pasado mes de noviembre, con ocasión de la inauguración de curso del Instituto Superior de Liturgia de Barcelona, visitó esta ciudad el arzobispo Virgilio Noè, Secretario de la Sagrada Congregación del Culto Divino. El motivo de la visita fue dictar la oración inaugural de dicho Instituto. Pero, al margen de su lección inaugural, Mons. Noè tuvo otras varias intervenciones. Entre ellas quisiera referirme a la rueda de prensa que tuvo con algunos responsables de los medios de comunicación social. En esta reunión, uno de los periodistas preguntó a Mons. Noè sobre las nuevas plegarias eucarísticas —las llamadas anáforas del Sínodo suizo— que algunas naciones, entre ellas España, iban adoptando. El periodista que le entrevistó publicó luego sus reflexiones en la prensa barcelonesa y dijo que le parecía que a Mons. Noè no le entusiasmaban excesivamente estos nuevos textos. Creo que interpretó justamente las palabras, discretas ciertamente, del entrevistado. Por nuestra parte compartimos plenamente el punto de vista del Secretario de la Congregación: las citadas anáforas tienen, sí, un cierto aire de “modernidad”, pero... si se examinan a la luz de la Escritura y de la Tradición de la Iglesia, pensamos que distan bastante de la categoría —contenido e incluso vocabulario— de las cuatro anáforas que figuran en el misal. Y por ellos nos alegramos —permítasenos esta manifestación de los propios

sentimientos— de que la Congregación, al aprobarlas, exija se editen como apéndice, no en el cuerpo mismo del misal. Es una manera de significar, por decirlo de alguna manera, que se trata de “textos eucarísticos menores”. Los futuros historiadores de la liturgia juzgarán seguramente esta distinción y este tratamiento como un hecho clarificante y positivo.

Pero más que la respuesta sobre las anáforas quisiéramos subrayar otra afirmación que hizo Mons. Noè ante una nueva pregunta de otro periodista. Esta respuesta la deseamos brindar a nuestros lectores para ayudarles a situar exactamente nuestro momento histórico y para evitar que pasen a engrosar la fila, excesivamente larga, de los “conservadores de los 60”. El Secretario de la Congregación del Culto Divino se refirió a que, si Juan XXIII fue el Papa del “aggiornamento” (puesta al día) tanto en la liturgia como en los otros aspectos de la vida eclesial, Pablo VI, en cambio, prefería hablar de la urgencia de “approfondire” (profundizar) en las realidades eclesiales. He aquí, pensamos, una distinción interesante: no ciertamente para establecer una oposición entre estos dos aspectos —ni en la mente de Pablo VI existía tal oposición, ni las palabras de Mons. Noè quisieron significar contradicción de actitudes—, sino como realidades sucesivas y complementarias, que cada una debe tener su momento: todo tiene su tiempo, dice Qohelet. Hubo un tiempo para edificar la “nueva casa” de las estructuras litúrgicas, y debe haber un tiempo para habitar cómodamente —es decir, si la preocupación constante de ir inventando nuevos textos— en la casa ya restaurada. Y nuestro tiempo es sobre todo el de profundizar en las riquezas de una liturgia que hoy, más que nuevos cambios, está urgentemente necesitada de un espíritu contemplativo que sepa admirar el plan de Dios, tal como lo manifiesta la liturgia de la Iglesia. **P.F.**

AVISO A LOS SUSCRIPTORES

El próximo número (marzo) será enviado contra reembolso a todos los suscriptores que no hayan satisfecho hasta ahora la suscripción de 1987 por otro sistema (giro postal, talón, etc.).

Rogamos que a partir del 15 de febrero no envíen ya giro postal o talón, ya que se cruzaría con nuestro reembolso.
